

Lluís Quintana Trias

EL INSTANTE
RECUPERADO

LA MEMORIA INVOLUNTARIA
EN LA LITERATURA Y LAS ARTES

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original	<i>Caminar per la vida vella. La memòria involuntària en la literatura i l'art</i>
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL Plaça del Nord, 4 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 73
Primera edición	FEBRERO DEL 2021
Dirección editorial	IGNASI MORETA
Producción gráfica	IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de la cubierta	ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Imagen de la cubierta	<i>Somni</i> , de Joan Brull (Museu Nacional d'Art de Catalunya)
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 2016	PUBLICACIONS DE LA UNIVERSITAT DE VALÈNCIA por el texto
© 2021	LLUÍS QUINTANA TRIAS por la traducción del catalán
© 2021	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U. por esta edición
Depósito legal	B.1494-2021
ISBN	978-84-17796-44-0
 institut ramon llull Lengua y cultura catalanas	La traducción de esta obra ha contado con el apoyo del Institut Ramon Llull
 Generalitat de Catalunya Departament de Cultura	La producción de esta obra ha contado con el apoyo del Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya
	RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
	PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

I	GOETHE EN ERFURT	9
II	CONSIDERACIONES INICIALES SOBRE LA MEMORIA	23
1	Recuerdos que no sabemos recordar	27
2	¿Memoria sin recuerdos?	31
III	LA ASOCIACIÓN DE IDEAS	37
1	El error de Turno (Virgilio)	38
2	La sangre en la nieve (Chrétien de Troyes)	45
3	El engaño de las palabras (Boccaccio)	50
4	Las tinajas de vino (Cervantes)	59
	<i>a Garcilaso</i>	61
	<i>b Virgilio</i>	64
5	El objeto reencontrado (Verdaguer, Graves, Pérez Galdós)	69
	<i>a Jacint Verdaguer</i>	70
	<i>b Robert Graves</i>	74
	<i>c Benito Pérez Galdós</i>	77
IV	LA <i>RÊVERIE</i>	85
1	Término y concepto de <i>rêverie</i> /ensueño	89
2	Fortuna del ensueño en el siglo XIX	94
3	El ensueño como tópico	113
4	Ensueño y melancolía	120

V	LA MEMORIA INVOLUNTARIA: ELEMENTOS PARA UNA DEFINICIÓN	127	8	El recuerdo del padre (Borges)	274
1	La góndola (Goethe)	127	9	Una glosa de Proust (Ferrater)	277
2	La flores de Mme de Warens (Rousseau)	135	10	La canción de Key (Priestley)	279
3	Sitios en el tiempo (Wordsworth)	142	11	Las rodillas de la Saraghina (Fellini)	282
4	Misticismo, trascendencia y sentimientos oceánicos	148	XI	LA MARCA DE LA AUTENTICIDAD (BRODSKY, HANDKE)	285
5	Los recuerdos de la pobre Susan (Wordsworth)	152			
6	El jardín de la infancia (Leopardi)	156	EPÍLOGO		295
7	Mozart y las naranjas (Dickens, Mörike, Oller, Unamuno)	166	BIBLIOGRAFÍA		297
8	El perro de medianoche (Nietzsche)	181	I	Goethe en Erfurt	297
9	La niebla en Yalta (Chéjov)	184	II	Consideraciones iniciales sobre la memoria	298
10	El pregón de los vendedores de coco (Machado de Assis)	189	III	La asociación de ideas	299
11	Una tarde de verano (Maragall)	195	IV	La <i>rêverie</i>	301
12	Los limoneros de la fuente (Machado)	201	V	La memoria involuntaria: elementos para una definición	305
VI	LA PROPUESTA DE PROUST	207	VI	La propuesta de Proust	308
VII	LA EPIFANÍA (JOYCE)	225	VII	La epifanía (Joyce)	310
VIII	EL <i>DÉJÀ VU</i> : TÉRMINO Y CONCEPTO	229	VIII	El <i>déjà vu</i> : término y concepto	310
1	El manguito de piel (Benjamin)	232	IX	Definición del término <i>memoria involuntaria</i>	311
2	Natalia y los olores (Rodoreda)	238	X	Fortuna de la memoria involuntaria en el siglo xx	312
IX	DEFINICIÓN DEL TÉRMINO <i>MEMORIA INVOLUNTARIA</i>	241	XI	La marca de autenticidad (Bordsky, Handke)	314
X	FORTUNA DE LA MEMORIA INVOLUNTARIA EN EL SIGLO XX	245		Epílogo	314
1	La canción de Gretta (Joyce)	246		Referencias bibliográficas	314
2	El recuerdo de la tramontana (Pla)	252	ÍNDICE ONOMÁSTICO		329
3	La lengua de Zeno (Svevo)	254	ÍNDICE DE OBRAS CITADAS		341
4	Un café en Viena (Zweig)	262			
5	El recuerdo del hielo (García Márquez)	265			
6	Las primaveras en París (Villalonga)	267			
7	La edad luminosa (Alberti)	269			

GOETHE EN ERFURT

EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1808, Napoleón, en la campaña militar que lo llevaría al dominio de toda Europa y hasta Moscú, se instaló en Erfurt, una ciudad en el centro de Alemania y capital del actual land de Turingia, donde tenía pensado quedarse hasta el 14 de octubre. Estaba previsto que se entrevistara allí con el zar Alejandro I y unos cuantos reyes alemanes, antes de que existiera un Estado llamado Alemania: los reyes de Baviera, Sajonia, Wurtemberg, Westfalia y Prusia. Quien haya leído *Guerra y paz* recordará que es a raíz de esta entrevista que empieza la amistad entre los emperadores ruso y francés que tantas consecuencias tiene en la narración. Napoleón se llevó parte de su corte e, incluso, una compañía de teatro, que representó obras de Voltaire, Racine y Corneille; el flamante emperador había entendido que la política cultural era un elemento fundamental en su proyecto imperialista.

Uno de los gobernantes alemanes asistentes fue el gran duque Carl August, de Weimar, que llegó acompañado por un ministro suyo, a la vez, celebridad literaria europea: Johann Wolfgang Goethe. Napoleón quiso recibir a Goethe y se entrevistaron el 2 de octubre. Conservamos varios testimonios: uno de ellos es el que recogió Müller, amigo y confidente de

Goethe y víctima de su carácter (que siempre había sido difícil y, en los últimos años de su vida, espantoso) inmediatamente después de la entrevista. Müller, que había acompañado a Goethe hasta la antesala del palacio donde se realizó la entrevista, la transcribió el mismo día 2 en sus *Goethes Gespräche mit dem Kanzler von Müller* [‘Conversaciones de Goethe con el canciller Müller’]. Muchos años después, el 14 de febrero de 1824, cuando Napoleón ya llevaba tres años muerto, Goethe escribió, a instancias del mismo Müller, unas notas sobre esta entrevista. También tenemos el testimonio de Eckermann, que recogió en un dietario sus conversaciones con Goethe en los últimos años de vida del escritor, y donde Goethe cuenta, de forma similar a las notas ya mencionadas, sus impresiones sobre el evento. Talleyrand, que estuvo presente en la entrevista, también dejó un testimonio que en nada se parece a lo que Goethe contó, y ni siquiera cita la célebre sentencia con la que el emperador francés habría acogido al escritor alemán: «Vous êtes un homme» (según la versión de 1824, porque la de 1808 es «Voilà un homme»), que ha pasado a la mitología cultural alemana (el poder inclinándose ante el genio, etc.).

Examinemos más de cerca estas notas de 1824, que son eso: notas, apuntes y alguna frase de Napoleón que Goethe escribió a partir de lo que recordaba de un episodio ocurrido dieciséis años antes. De este par de páginas, y también de las conversaciones con Müller y Eckermann, se desprende la gran admiración que el escritor (nacido en 1749 y que, por lo tanto, en el momento de la entrevista tenía cincuenta y nueve años) sentía por el emperador (nacido en 1769, es decir, veinte años más joven, casi día por día), y también la que el emperador sentía por Goethe, especialmente por su nove-

la *Las tribulaciones del joven Werther* (1774, cuando Goethe tenía veinticinco años). Esta obra de juventud se había convertido en un *best seller* europeo y, Goethe, a la vista del ejemplar que el Emperador llevaba encima, comenta que «parecía haberlo estudiado a fondo». Napoleón la había leído en su juventud y, si tenía ante sí el ejemplar consultado tantas veces, era porque o bien ya pensaba encontrarse con Goethe cuando salió de París, o bien lo llevaba siempre encima: en cualquiera de ambos casos, se puede hablar de una auténtica pasión. Napoleón, siempre según Goethe, aprovechó la entrevista para hacerle unas cuantas observaciones y le criticó un determinado pasaje del *Werther*, que Goethe no especificó, lo que ha mantenido muy entretenidos a unos cuantos eruditos. A nosotros quizás no nos sorprende tanto la arrogancia de Napoleón corrigiendo a Goethe como la admiración que Goethe mostraba por Napoleón; en 1824, las opiniones del emperador seguían pareciéndole «muy acertadas». Dejémoslo.

Lo que quiero comentar de esta entrevista es que, dieciséis años después, Goethe recordaría algo curioso, y es precisamente un recuerdo que tuvo entonces, en 1808. Goethe fue siempre muy consciente de su fama, por supuesto, y sabía que cualquier cosa que escribiera sería leída meticulosamente por la posteridad, ya que él *se sabía* un genio (con Goethe, las cosas eran así). Por tanto, no hay nada de espontáneo en estas notas; aun así, ese recuerdo que refiere haber tenido durante la entrevista parece convincente. Es un recuerdo causado por la siguiente circunstancia: la entrevista con Napoleón se realizó en el palacio del gobernador, que había sido previamente la residencia de Karl Theodor von Dalberg, cuando era *Statthalter*, un cargo importante de la administración, del obispo-príncipe de Maguncia; Goethe

era amigo de Dalberg y ya había estado en dicha residencia. Pues bien, fue en este mismo palacio donde, en 1808, lo asaltó ese recuerdo: «más de treinta años antes», dice, había vivido «entre tantas horas felices, tantas horas turbias también». Pero no da más información y solo nos queda explorar la vida de Goethe para saber qué pasó en Erfurt «más de treinta años antes», es decir, antes de 1778, pero después de 1776, cuando Goethe se asentó en Weimar. Antes, acabemos la entrevista: Goethe, que conocía a los grandes hombres y a aquellos que, como el gran duque, creían que lo eran, sabía que los grandes hombres se cansan pronto de sus juguetes y que, al cabo de un rato, Napoleón habría perdido interés por él. Entonces, dice, «tuve tiempo de examinar el lugar y soñar en el pasado». Al final, pidió permiso y se retiró. Después contaría emocionado, no los detalles (habrá que esperar al 1824), sino la emoción albergada; por ejemplo, en una carta a Cotta, su editor, le cuenta: «Puedo decir que en mi vida no he encontrado nada más alto ni más satisfactorio.»

Repasemos las circunstancias de la entrevista. El gran duque Carl August había nombrado ministro a Goethe en 1776, cuando ya era el famoso autor del *Werther*; por qué uno lo buscó y por qué el otro lo aceptó es un misterio que aún no se ha resuelto. No nos consta que Carl August tuviera aspiraciones intelectuales, y Weimar tampoco era un lugar muy atractivo: hay que tener en cuenta que ni estos monarcas ni estos grandes duques eran gran cosa. La ciudad de Weimar, por ejemplo, tenía entonces seis mil habitantes; según un testigo de la época, que llegó atraído por la admiración hacia Goethe, «¡todo es increíblemente estrecho y pequeño!». El gran ducado no abarcaba mucho más que un municipio de una ciudad mediana actual; Erfurt y Weimar

eran capitales de dos Estados distintos, pero solo las separaban 24 kilómetros. Tampoco el ducado era muy poderoso: cualquier gran terrateniente inglés tenía un presupuesto más elevado que aquel gran duque con ministros y ejército propio. Estas pretensiones a menudo eran objeto de sátira por parte de los literatos románticos (por ejemplo, en las *Opiniones del gato Murr* [1820] de E. T. A. Hoffmann), y actualmente los llamamos *países de opereta* porque las operetas francesas y alemanas los usaban a menudo como marco para sus inverosímiles historias. Ahora bien, culturalmente no eran algo menospreciable; cada uno contaba con su teatro (normalmente barroco), su orquesta y su compositor de cámara: Bach (muerto dos años después del nacimiento de Goethe) fue empleado en Weimar; Telemann y Händel eran contemporáneos de Bach y trabajaban a pocos kilómetros de distancia, separados, eso sí, por abundantes fronteras y barreras. Por otra parte, la madre del duque había empezado una biblioteca considerable y muy acogedora, que Goethe amplió y que ahora lleva el nombre de su fundadora: Herzogin Anna Amalia Bibliothek. Sea como fuere, pese a ser ministro de un Estado diminuto, Goethe pareció tomarse siempre en serio su tarea de administrador. En resumen: si Napoleón, el hombre más poderoso de Europa, se reunía con un oscuro ministro de un minúsculo Estado alemán, no era porque esto pudiera afectar sus maniobras políticas y militares, sino porque este oscuro ministro era un escritor famoso.

La llegada de Goethe a Weimar no fue fácil, entre otros motivos, porque era mucho más joven que cualquiera de los demás altos funcionarios de la corte y, a su vez, estaba mejor preparado, había recorrido más mundo y, además, era

famoso; pero sobre todo porque no era aristócrata, sino un burgués (es decir, no era un noble pero tampoco un siervo) que pretendía introducirse en un mundo que el Antiguo Régimen tenía vetado a gente de su origen, lo que, sin duda, le recordarían en todo momento (en el *Werther* aparece un episodio de este tipo experimentado por el protagonista). Este ejemplo nos puede ayudar a entender la escena que nos ha preparado Goethe en su escrito sobre la entrevista con Napoleón que se convirtió, por supuesto, en la representación de su triunfo. ¿Qué fue de todos aquellos consejeros y ministros altivos y envidiosos? Aquella aristocracia pretenciosa, ¿qué poder detentaba, en 1808? Se lo había llevado todo el vendaval napoleónico, y nosotros sabemos mejor que Goethe (con perdón) que este vendaval había sido endeble comparado con el vendaval que había llevado a Napoleón al poder: la Revolución francesa, que hundió definitivamente el Antiguo Régimen a pesar de los esfuerzos restauradores de las monarquías europeas que acabaron con el emperador. El único que resistió fue Goethe, aquel *parvenu* que los nobles de Weimar tomaban por un don nadie, y que, además de resistir, fue recibido por el mismísimo emperador. No obstante, dudo que estas humillaciones vividas treinta años antes fueran la fuente del recuerdo que Goethe tuvo en Erfurt, no solo porque Erfurt no era jurisdicción de Weimar, sino porque recordar en 1808 estos episodios de los años setenta habría sido demasiado teatral, incluso un poco mezquino por su parte. Quizás sea cierto que las humillaciones estaban presentes, pero no creo que constituyeran su fundamento. ¿De qué recuerdo, pues, se trataba? ¿Y qué lo indujo a él?

Quisiera insistir aquí en un aspecto que puede parecer menor y es que, en este recuerdo del recuerdo, hay algo que

nos dice que aquel primer recuerdo, el que tuvo aquel lejano octubre de 1808, fue inesperado. Hallamos en él un punto de emoción que no parece fingido cuando dice: «retrocedí y me encontré exactamente en el marco donde treinta años antes había vivido, entre tantas horas [...]». Tomo todas estas precauciones porque estoy hablando de un fenómeno psíquico involuntario, que sucede espontáneamente y, en la obra de Goethe, pretender que haya algo involuntario o espontáneo, especialmente en los últimos años de su vida, es muy arriesgado. Pero si suponemos que en 1808 tuvo, efectivamente, ese recuerdo, y que no es una fabulación de 1824 para representar (*dramatizar* dirían en la época) su triunfo, entonces tenemos que hacer otra pregunta: ¿cómo es que, en un momento tan importante para él, tan abrumador incluso para un hombre acostumbrado a la vida en la corte (aunque, insistimos, la corte de Weimar era diminuta comparada con la que llevaba Napoleón consigo durante su campaña), lo invadió, tan oportunamente dieciocho años después, pero quizás inadecuado en ese momento?

Primero, analicemos lo que indujo a Goethe a recordar, que es lo más importante para nosotros, y dejemos para más adelante el tratar de saber qué recordó exactamente, que es más anecdótico. Para saber lo que induce al recuerdo, debemos acudir a la psicología, pero, aunque sea por mor de respetar el curso cronológico, empezaremos con una explicación filológica o, más exactamente, hecha por un filólogo (más adelante nos ocuparemos de algunas de las explicaciones que la psicología ha encontrado para este fenómeno). Este filólogo no había estudiado psicología, pero conocía el alma humana; o solo conocía una tradición, que sí arrastraba una profunda experiencia. Esta tradición es la retórica; el